

POR TRES COSAS EL HOMBRE TRABAJA...

A las dos grandes razones por las que el hombre trabaja, según el franco decir del señor Juan Ruiz, mejor conocido por el Arcipreste de Hita, pienso yo que debe añadirse una tercera: la de conquistar y sostener esa parcela íntima del vivir, la más verdadera, tanto que la llamamos vivienda. Y esto viene de siempre. La apetencia de un último e inviolable reducto es constante histórica del ser humano. Se puede trabajar de sol a sol con la abrumada conciencia de estar regalando sudor, sufrir otras injusticias, soportar ingratitudes, deslealtades... Pero lo que el hombre no puede enajenar jamás es su derecho a esos metros cuadrados donde se recupera y cura al final de cada jornada.

No diré yo que en nuestros días sea la casa más preciosa que nunca para el corazón del hombre. Pero si se puede afirmar que está en creciente el uso que de ella hacemos, y que a mayor uso, -mayor interés por acondicionarla bien. Quizá paramos más tiempo en casa, pero lo indudable es que la utilizamos más plenamente. Cualquiera puede recordar los días en que la mejor habitación permanecía intocada y muerta, con sus sillas y sillones envueltos en fundas blancas como sudarios, sólo por si una vez al año se presentaba alguna visita de mucho porte. En tierras de pan llevar he oído decir con énfasis, y no hace mucho tiempo, «la sala magna»: mas no se piense que fuera mansión señorial, sino de labradores humildes. Hoy, en cambio, lo más importante suele ser la sala de estar, que ya en el nombre explica su natural función. La cocina de cualquier familia tiende a parecerse a un laboratorio incitante. Y la vivienda entera, generalmente, respira esa autenticidad que le viene de estar al servicio de su amo y no al revés. Aquí podría plantearse lo de si la función crea al órgano o viceversa, la incógnita de si antes el huevo o primero la gallina. Las casas son más cómodas y el hombre se encariña con sus zapatillas. El hombre se queda en casa cada vez mejor. Es, desde luego, una dura competencia para el casino y el bar. Recuerdo que un trabajador emigrado a Francia sentía por este lado las más duras perplejidades de su aventura. A él no le extrañaba nada la vida durante el día, que transcurría más o menos como en su pueblo aragonés. Lo malo llegaba con la anochecida. Esta hora -pensaba el hombre- es la hora de hablar los vecinos de puerta a puerta, de retozar los mozos a las mozas, de echar una jotica si se terciaba. Y en Francia acontecía todo lo contrario. La gente pasaba rápida y esquiva por la calle, cada cual con su barra de pan en la mano, que allí llaman "la baguette", incluso con algún libro bajo el brazo. Corriendo se metían en casa y ya no volvía a saberse de ellos, salvo el resplandor que se colara por una rendija denunciando a la televisión. Ahora el hombre

está de vuelta y me confiesa que en Barbastro pasa más o menos igual.

Y es natural que esta tendencia humana, universal -tanto mayor cuanto más suben los pueblos en su desarrollo- esté pinchando a los creadores y acucie a las industrias y comercios. Unos y otros miran a mejorar la vida del hombre en lo que tal vida transcurre de puertas adentro; desde la intención utilitaria con que, se pone en marcha la máquina de lavar o se enciende la pantalla de luz discreta y confidente, hasta la aparente superfluidad, sólo aparente, de un jarrón de flores. Y cosa curiosa: si los proyectistas cavilan para que cualquier hogar se parezca a un hotel -en la cualidad de comfortable-, no menos han de ingeniarse en conseguir para los hoteles las mayores aproximaciones al verdadero hogar.

Así se explica el acontecimiento barcelonés de estos días otoñales, atrayendo a un gentío que suponemos de vocación casera. Con la palabra «hogar», calentita, desencadenante de intimidades y su casi gemela «hotel», que tiene también cinco letras y hasta cierta semejanza gráfica con aquélla, los emprendedores catalanes han acertado a crear el indicativo de una exposición, o feria de muestras, o salón monográfico -como ahora se prefiere decir-, que al paso de sucesivas ediciones -como también se dice- está alcanzando, ha alcanzado ya, su consagración dentro y fuera de nuestras fronteras. Para ver las más preciosas alhajas que pueda soñar un hombre de su casa -¿o vamos a decir siempre una mujer?-, nadie tiene que marcharse a Milán o a las «Arts Ménagers» de París por obligación. Por devoción, bueno, o sea por atún y a ver al duque...

Sí, dice el Libro del Buen Amor que la primera, por haber mantención. La segunda, por haber ayuntamiento «con fenbra plazentera»...

Pero por algo más el hombre trabaja (y bien lo saben los de «Hogarotel»). Ahora mismo, quizá como nunca en su afanosa historia, por un lugar que sirva no sólo para guarecerse: que dé alegría a los ojos en el color de unas cortinas, brazos amigos en el sillón que espera, conformidad al corazón.

Antonio PEREIRA